

## Saciar nuestra hambre

Cuando bebés, sus hijos lloraban cuando tenían hambre. Ahora pueden decirle "tenemos mucha hambre" o "¿no hay nada de comer en esta casa?". Saciar esa hambre con alimentos nutritivos es un reto diario. Usted les ha dicho a sus hijos que deben beber leche prácticamente desde que fueron capaces de sostener una taza. Los ha animado a comer vegetales porque, por ejemplo, las zanahorias son benéficas para los ojos. Somos lo que comemos.

Aunque ciertamente es una comparación poco adecuada, podemos relacionar esto de manera sencilla con la Eucaristía. Cuando recibimos el Cuerpo de Jesús, nos llenamos de Dios. Él permanece en nosotros y nos transforma en tabernáculos vivos, por así decirlo. Nos volvemos lo que comemos, nos volvemos más como Jesús. Entre más seguido reciba su hijo la Sagrada Comunión, más será su potencial para poseer la actitud de Jesús y el deseo de ayudar a cambiar el mundo.

Dios nos creó para que sintiéramos hambre de Él de la misma manera en la que nuestros cuerpos sienten hambre de comida. Nuestro anhelo por Dios es un hambre que Él sacia en la Eucaristía y en cada aspecto de nuestra relación con Él. Orar antes de las comidas es una manera de relacionar esos dos tipos de hambre. Sin importar si están comiendo comida rápida en su auto, pizza de carrera o sentado con su familia en la mesa, reconocer la presencia de Dios y darle gracias mediante una bendición, reforzará esa relación.